











SUBASTA

El día 24 de los corrientes, a las once, en la notaría de don Luis Rincón, con residencia en Segovia, calle de Infanta Isabel, número 15, se celebrará la venta en subasta pública de las siguientes fincas:

UNA HACIENDA destinada en su mayor parte a pasto, compuesta de tres fincas, llamadas Cuartel del Alamillo, Campo Azalvaro y Cuartel de Majallana y Valdehucera, sita en el campo denominado Azalvaro, en término de Aldeavieja, partido y provincia de Avila, de 1.290 hectáreas, 28 áreas y 35 centiáreas.

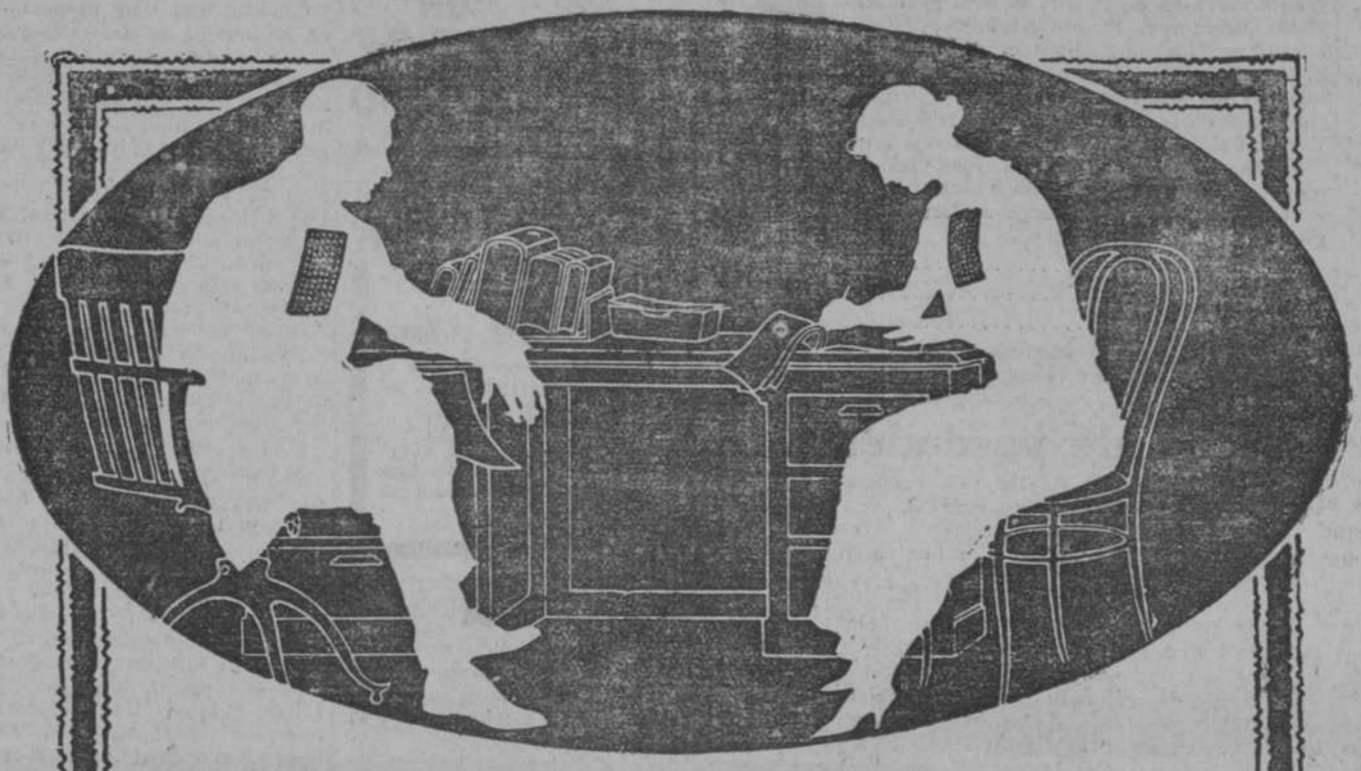
OTRO TERRENO, dedicado a pasto, titulado Hora de los Toriles, sito en el término de Villacastin, partido de Santa María de Nieva, provincia de Segovia, de 330 hectáreas, 64 áreas y 38 centiáreas.

Catarros rebeldes SE CURAN CON EL PECTOBENZOL DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

AGUAS MINERALES DE TODAS CLASES.—SERVICIO A DOMICILIO CRUZ, 30.—TELEFONO 2.788 M.

LABORATORIOS Químicos, instalación completa. Fabricación propia. Catálogos y presupuestos. PRODUCTOS QUÍMICOS PUROS PARA ANALISIS. JODRA Príncipe, 7, Madrid.

EL TIGRE NUEVA PELETERIA Casa especial en peletería fina. Abrigos largos de castor y topo a 400 ptas. MAYOR, 67



No debe usted faltar a la oficina

porque su ausencia originará trastornos en el trabajo, que redundarán luego en perjuicio de usted. Cuando padezca catarros, dolores de costado, de espalda, de riñones, reumatismo, bronquitis, ciática, lumbago, etc., etc.

Aplicase donde sienta el dolor un EMPLASTO de fieltro rojo del Dr. WINTER

y haga su vida habitual sin temor a complicaciones. Exija un EMPLASTO de fieltro rojo del Dr. WINTER. Desconfíe de las imitaciones



MARCA REGISTRADA

Laxante Pescansa Tratamiento original del estreñimiento EL MAS INDICADO PARA JOVENES ¡NO TIENE SABOR! ¡NO PRODUCE MOLESTIAS! Pídase en todas las farmacias.

PASTILLAS del Dr. ANDREU De venta en todas las Farmacias Los que tengan ASMA o seofocación usen los Cigarrillos antiasmáticos y los Papeles azoados del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.

ANUNCIOS BREVES Y ECONOMICOS

- Automóviles: VENDO, cambio, coche americano, «Séda», cinco asientos, por coche pequeño. Apartado 545.
Compras: LIBROS antiguos, modernos, textos de dicción, compranse. Desengaño, 29, librería.
Enseñanzas: SEÑORITA española, perfecto conocimiento inglés y francés, profesora piano, ofrece institutriz, tarde entera o lecciones por horas.
Ofertas: OFRECESE señora compañía para señora o regentar casa, inmejorables referencias. Escribir: Carretas, 3, Continental. Varela.

SEPTIMO ANIVERSARIO ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA DEL EXCELENTISIMO SEÑOR Don Mariano Fernández de Henestrosa y Mionio DUQUE DE SANTO MAURO, CONDE DE OFALIA Que murió en el Señor el 6 de febrero de 1919 HABIENDO RECIBIDO LOS AUXILIOS ESPIRITUALES R. I. P. Su viuda, hijos, hijos políticos, nietos, hermano, hermanos políticos, sobrinos, primos y demás parientes RUEGAN a sus amigos que sirvan encomendarle a Dios. Todas las misas que se celebren mañana 6 en las iglesias de Santa Teresa y Santa Isabel, Calatravas, San Francisco de Borja, Corazon de María, Santísimo Cristo de la Salud, Comendadoras de Santiago, San Antón, oratorio de Nuestra Señora de Lourdes (Portuny, 21) y Colegio de Cisneros (Joaquín Costa, 78); el 7 en la misma iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel y en la de las Capuchinas (plaza del Conde de Fernán, San Fermín de los Navarros y Jesús Nazareno, así como el 6 en la de San Jorge, en las Fraguas y patricias del arciprestazgo del Valle de Iguala (Santander), serán aplicadas por el eterno descanso de su alma. Varios señores Prelados tienen concedidas indulgencias en la forma acostumbrada. (A 7) OFICINAS DE PUBLICIDAD CORTES, VALVERDE, 8. 1.º TEL. 13-30

Maquinaria para Trabajar la Madera GUILLIET HIJOS Y C.ª, S. A. E. Fundada en 1847 Fernando VI, 23.-MADRID Catálogos y presupuestos gratis

MANUEL CEREZO EXPOSICION IGOYA 21 TALLERES AYALA 45 PREMIOS En los escaparates de la CASA BENITO, Alcalá, 6, están expuestos los auténticos premios y distinciones honoríficas concedidas a la LOGION CAPILAR MAZZINI en Roma y Bruselas. Oposiciones para Aduanas Completa preparación por personal técnico para los Cuerpos Pericial y Administrativo. El más higiénico internado de Madrid. Pídanse prospectos y reglamentos. Programas y apuntes gratis a nuestros alumnos. Academia de Calderón de la Barca, Abada, 11, Madrid. PRADO-TELLO Empresa anunciadora. CRUZ, 10, ENTRESUELO. MADRID

Folleto de EL DEBATE 45) ROGER DES FOURNELS Una historia de amor bajo los soviets NOVELA (Versión castellana expresamente hecha para EL DEBATE por Emilio Carrascosa) pmerla esperaba la llegada de Ernestina el teniente Cloutier, que se hallaba intensamente pálido, cosa que advirtió la joven, a pesar de la semiobscuridad que envolvía el vestíbulo. El oficial salió a su encuentro en cuanto las vio, y dirigiéndose a Ernestina, le dijo: —Dios le envía una dura prueba, señorita; soportela con entereza. Se trata de Carlos, y por eso han ido a llamarla. —¿Ah... Carlos!... ¿Qué le ha ocurrido a mi hermano?... Me han hablado de un herido grave... —El herido es él, precisamente. Pero ignoro los detalles. Sólo sé que acaban de traerlo al hospital en una camilla del puesto de Policía. A lo que parece, lo encontraron sin conocimiento en el camino de la estación, y un suboficial que lo reconoció dispuso que lo condujeran aquí sin pérdida de tiempo. —¿Dígame la verdad, se lo suplico!... ¿Es que Carlos ha muerto? ¡Seguramente! ¡Ha muerto, sí!... ¡Lo han asesinado!... ¡Dios mío, Dios mío, compadécete de nosotros!... —¡Tranquícese, señorita! Carlos no ha muerto, y aunque la herida es muy grave, hay muchas esperanzas de salvarle. Un consejo voy a darle: que delante de él tenga fortaleza y no se deje dominar por la emoción, que podría impresionarle demasiado, con perjuicio para su vida. —¿Dónde está? ¿Lo han llevado a mi sala? —No. Está en la sala número ocho. Las dos hermanas siguieron al oficial; Juanita, llorando en silencio; Ernestina, ahogando los sollozos que pugnaban por salir de su pecho y esforzándose para acallar el inmenso dolor que le despedazaba el corazón. —¡Pero la sala número ocho es la de operaciones!—exclamó con angustia. —Creo que sí... ¡Tenga usted valor! Llegaron a la puerta. La señorita Dubief se abrió con resolución y se encontró en presencia de su hermano, que se hallaba colocado en la mesa de cirugía; el herido tenía cerrados los ojos; intensamente pálido, con palidez cadavérica, el semblante, y frías, como si fueran de mármol, las manos; se le había desnudado y cubierto con una sábana hasta por debajo de los brazos; el lienzo estaba teñido de sangre. El enfermero mayor, mientras llegaba el médico, a quien se había ido a buscar a toda prisa, le hizo al herido una cura de urgencia. El sargento Dubief presentaba una herida en la espalda, entre ambos homoplatos, producida, según todas las señales, con un puñal. Sus hermanas, no pudiendo prodigarle otros cuidados, se habían arrodillado a los lados de la

mesa de operaciones y oraban fervorosamente, derramando raudales de lágrimas. El enfermero mayor pulsaba continuamente al herido, reflejando en su rostro una gran inquietud; consultaba sin cesar el reloj que tenía en la mano y pronunciaba palabras ininteligibles. Juan Cloutier, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinada la cabeza, contemplaba a las señoritas Dubief con profunda tristeza. Ernestina y Juana habían abrazado al entrar a Carlos. La mayor de ellas le había llamado por su nombre, preguntándole si la reconocía, sin haber logrado que el herido le contestase ni aun que diera muestras de que la oía. —¡Y ese médico, que no viene!... ¿Qué ha podido ocurrirle para que tarde tanto? La puerta de la sala se abrió, dando paso al médico director del Hospital, que llegaba acompañado de un oficial superior de la Misión francesa. El doctor saludó con una inclinación de cabeza a las señoritas Dubief, se acercó al herido, le reconoció minuciosamente, dirigió algunas preguntas al enfermero mayor, le felicitó por la oportunidad de la cura que acababa de hacerle al herido y por la habilidad con que había sido hecha, y dirigiéndose al oficial superior que le acompañaba, le dirigió una mirada por demás significativa. Ernestina no apartaba del médico sus ojos escudriñadores y penetrantes. —¿Es que no hay esperanzas de salvarle, doctor? El facultativo no respondió. —Haga usted lo posible y aun lo imposible por disputárselo a la muerte—dijo el teniente Cloutier, que hasta entonces había permanecido silen-

cioso—. El muchacho lo merece, porque es un bravo mozo que tiene, sin duda, muchas cosas interesantes que decirnos. Acaso buscaban, los que le hirieron, cerrar la boca para siempre. Las jóvenes escuchaban estupefactas, sin comprender lo que oían. Juan Cloutier se aproximó al médico para interrogarle. —¿Hay peligro, doctor? —Inminente, por desgracia. Tenemos hombre para una hora, cuando más. Nada se puede hacer ya. Apenas tiene pulso; el pobre muchacho ha debido perder mucha sangre. —¿Pero no queda ningún recurso que intentar para salvarle la vida?—preguntó el militar que había llegado acompañando al facultativo. —Una cosa podría ensayarse, en efecto. ¿Pero dónde encontrar a estas horas lo que me haría falta? —¿Qué quisiera usted ensayar? Sepamos. —Sencillamente, la transfusión de sangre, que es la única cosa con que podríamos devolver la vida al herido. Pero vuelvo a preguntar: ¿dónde encontrar un hombre que se deje abrir una vena, que consienta en dar su sangre para salvar de la muerte a otro a quien ni siquiera conoce? —¿No necesita usted más que eso?—preguntó vivamente el teniente Cloutier—. Pues en tal caso, ha encontrado usted lo que busca, doctor. Tengo el gusto de ponerme a sus órdenes. El facultativo levantó la cabeza y clavó su mirada en el rostro del joven aviador. —¿Será usted capaz de prestarse tan generosamente a la dolorosa operación? Tenga en cuenta que yo no me aventuro a asegurarle que pueda usted soportarla. —Eso no importa, ni hace que desista de mi propósito, que he tomado con plena consciencia. Y puesto que usted dice que no hay tiempo que perder, doctor, apresuremos. Por mí, cuanto antes, mejor. —Lo que hace usted, teniente Cloutier, es de una admirable generosidad y de una caridad digna del mayor aplauso—dijo el jefe militar, tendiéndole la mano al oficial—. ¿No tiene usted familia? —Sí, mi comandante, tengo a mi padre; pero estoy seguro de que si se hallara presente aprobaría y aplaudiría mi decisión... —Está bien. Me reservo darle cuenta al general de este rasgo... —¡Oh, mi comandante! No hablemos de lo que no tiene ningún mérito, se lo suplico... ¿Vamos, doctor? Esta conversación entre los tres hombres había sido mantenida en voz baja en uno de los ángulos de la amplia sala de operaciones. Mientras que el médico daba las órdenes oportunas para que se dispusiera lo necesario, Juan Cloutier se acercó a las señoritas Dubief. —Vayan ustedes a esperarme a la sala de enfermeras. Pueden ustedes estar tranquilas, porque el doctor va a salvar a Carlos. Yo iré a buscarlas cuando su hermano haya recobrado el conocimiento, lo que no se hará esperar mucho. Las jóvenes se levantaron maquinalmente y se dejaron conducir por el teniente Cloutier, que con su tranquilidad les infundió grandes esperanzas. Cuando el oficial aviador volvió a la sala, se

(Continuará)